LOS AÑOS DE REPARACIÓN

NAOMI KLEIN

BIBLIOTECA MASA CRÍTICA CLACSO

CLACSO

LOS AÑOS DE REPARACIÓN

Los años de reparación

Naomi Klein
Traducción de Paula Vasile

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva
Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial
Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Paula Vasile - Traducción
Pablo Amadeo - Dirección de arte y diseño editorial
María Clara Diez - ebook

Klein, Naomi
Los años de reparación / Naomi Klein. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO ; Amsterdam : TNI Transnational Instituto, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga.
Traducción de Paula Vasile
ISBN 978-987-813-100-9
1. Política Internacional. I. Vasile, Paula, trad. II. Título.
CDD 327
© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Estados Unidos 1168 | C1023AAB CABA | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875
clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Este libro se realizó con el apoyo de Transnational Institute

NOTA EDITORIAL

Un mundo que atraviesa un tiempo de intensas transformaciones requiere ser pensado en sus asuntos más acuciantes: las múltiples formas en que se ejerce la violencia, el incesante aumento de la desigualdad, los daños al ambiente y a los seres que habitan la Tierra, la violación de los derechos humanos, la militarización de los territorios o el impacto de una pandemia sobre el tejido social, especialmente en sus sectores más vulnerables.

Lejos de documentar el pesimismo, aspiramos a construir herramientas teóricas para transformar las situaciones de injusticia en un ejercicio incesante que liga la teoría con la práctica.

El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, con el apoyo del Transnational Institute, pone a disposición de las y los lectores una nueva colección de textos breves con los cuales esperamos contribuir a entablar diálogos tanto en torno a nuevos y viejos interrogantes, como a la búsqueda de respuestas originales a los problemas de nuestro tiempo.

La *biblioteca masa crítica* reúne a intelectuales que, desde una diversidad de perspectivas y tradiciones teóricas, han contribuido a la forja del pensamiento crítico enlazando reflexiones sobre tópicos y dilemas de nuestro presente histórico.

índice

Presentación
Por Alcira Argumedo

Los años de reparación

Presentación

Alcira Argumedo

En la Cumbre Inaugural de la Internacional Progresista, la periodista, escritora y activista canadiense Naomi Klein, nos anuncia que vienen tiempos largos y gratificantes de reparación. Reparación indispensable en América Latina, ante las consecuencias de décadas de predominio de políticas y globalización neoliberales, cuyo fracaso se venía anunciando en Inglaterra, Francia, Italia, España o Estados Unidos y en Colombia, Ecuador, Perú, Chile y Argentina. El Covid-19 hizo estallar y profundizó una crisis alimentada por el crecimiento exponencial del desempleo, la precarización laboral, la pobreza y la indigencia, cuya contrapartida ha sido el crecimiento también exponencial de la concentración y polarización de la riqueza hasta límites insostenibles: mientras el 20% más rico de la población mundial concentra el 96% de la riqueza, el 80% –unos 6.500 millones de personas– solamente dispone del 4%.

Los tiempos de reparación son la respuesta a esas políticas inspiradas en Friedrich von Hayek, Milton Friedman y la Escuela de Chicago, que lograron imponerse en nuestro continente utilizando la "Doctrina del Shock", tan lúcidamente analizada por Naomi Klein en su libro de 2007. Políticas que se desplegaron en "esos momentos en que diferentes factores negativos impedían la participación ciudadana"; cuando una sociedad ha sido víctima de algún desastre y carece de defensas ante medidas económicas socialmente agresivas. En América Latina fueron las dictaduras cívico-militares genocidas de los años setenta, que en Argentina plantaron el huevo de la serpiente de una deuda externa fraudulenta y odiosa e iniciaron el proceso de desindustrialización y desempleo; mientras bajo la dictadura de Augusto Pinochet en Chile, los Chicago Boys desplegaron como una prueba piloto, todas las medidas que más tarde impondrían Margaret Thatcher en Inglaterra y Ronald Reagan en Estados Unidos. Desde inicios de la década de los ochenta, contaron además con el arma poderosa de la Revolución Científico-Técnica, que cerró el ciclo histórico de la Revolución Industrial e impuso profundas transformaciones tecnológicas en la dinámica económica y militar. Un ciclo neoliberal que simbólicamente se cierra, también en Chile, con la contundente derrota que ese pueblo ha impuesto a las pretensiones de continuidad de la Constitución pinochetista.

Al iniciarse la década de 1990, reforzados por la euforia del "fin de la historia", y el "único camino" ante la caída del Muro de Berlín, se profundiza y expande lo que Naomi Klein llama la "lógica despiadada de la privatización" y la conversión de derechos en mercancías –la salud, la educación, las jubilaciones y pensiones, la infraestructura de los servicios de cuidado, la desarticulación de los Estados de bienestar– que acompañaron un verdadero saqueo de recursos naturales, de empresas públicas rentables, de sistemas de comunicación e información, del sector financiero, del transporte, del control del comercio exterior, de las rutas nacionales o provinciales y otras áreas estratégicas, en favor de grupos económico-financieros locales y extranjeros. Esta descomunal transferencia de riquezas, se conjuga con una reconversión tecnológica en gran escala en las más diversas áreas de actividad, que alimenta el doble proceso de crecimiento exponencial del desempleo y el deterioro social, como un espejo invertido de la concentración de la riqueza.

Es significativo que en 1992, pasados veinte años desde el encuentro de

Estocolmo, donde por primera vez se planteara a nivel internacional la preocupación por los problemas del crecimiento económico y el futuro de la naturaleza, se realiza la Cumbre para la Tierra en Río de Janeiro. En la declaración final de esta Cumbre, se reivindica el derecho de todos los seres humanos a una vida saludable y productiva, en armonía con la naturaleza. Nada más alejado de la realidad, en momentos en que la expansión neoliberal, tal como señala Klein, va a transgredir dramáticamente ambas aspiraciones, promoviendo un crecimiento económico estrechamente relacionado con un sobre-consumo derrochador, especialmente entre los sectores más ricos de la población mundial, que es causante de la contaminación y destrucción del mundo natural como nunca antes en la historia. Situación que se agrava aún más con el acelerado crecimiento económico de la India y China en esos años, sustentado en la utilización masiva de carbón y otros combustibles fósiles.

Una dinámica que nos está conduciendo a la sexta extinción masiva de especies de plantas y vertebrados, destruyendo gravemente los ecosistemas. Es "un período de revelación incesante y despiadada" y lo que ha descubierto y revelado el Covid-19, es lo que Naomi Klein denomina "un mundo roto". Un mundo roto donde se fracturan los hielos, se incendian los bosques, crece la contaminación del aire con dióxido de carbono, se reproducen fenómenos meteorológicos extremos, aumenta el nivel del mar y miles de millones de seres humanos carecen de las condiciones mínimas de supervivencia. La confluencia entre la crisis económico-social, la crisis ambiental y la crisis sanitaria, ha generado las condiciones de una crisis civilizatoria ante la cual, de continuar las estructuras de poder, los valores y las concepciones dominantes, causantes principales de esas crisis y cuyo resultado es este mundo roto, las perspectivas son catastróficas. Noam Chomsky y la Internacional Progresista advierten sobre la posibilidad de extinción: extinción de la vida en el planeta. Ante estas realidades, la gran tarea y el desafío ineludible es afrontar "los años de reparación".

Naomi Klein analiza la problemática actual con esa mirada abarcadora e integral que caracteriza sus trabajos, entre otros *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima* (2014) y *Decir no, no basta* (2017). Desde esta perspectiva, da cuenta del crecimiento en el mundo de "hombres poderosos de extrema derecha (que) esgrimen nacionalismos machistas e identidades supremacistas" y cuestiona duramente la idea del progreso concebido como mero crecimiento económico. Perspectiva que conlleva una dura crítica a la pretensión de la supremacía blanca y a las tradiciones racistas que signan la larga historia del capitalismo: baste mencionar a Marx cuando se refiere a la fase de acumulación primitiva del capital y afirma que este régimen ha nacido "cubierto de sangre y lodo" por la trata de esclavos y el saqueo del Nuevo Mundo. Pero no fue solamente en esa primera etapa: con diferencias según las regiones y hasta fechas tan relativamente cercanas como los años que siguen al fin de la Segunda Guerra Mundial, el 80% de la población del mundo en Asia, África y América Latina, estuvo sometida a dominios coloniales o neocoloniales por parte de las potencias occidentales y más tarde Japón en las áreas asiáticas, donde se desplegaron "los fundamentos racistas del capitalismo moderno".

Por estas razones, Naomi Klein nos convoca a tomar el tiempo que nos ha dado el

Covid19 para "mirar hacia el pasado, para tener ese encuentro postergado con su historia, con sus crímenes más brutales". Una revisión imprescindible ante la evidencia que el neoliberalismo ha gestado una inmensa masa de población sobrante, descartable. Víctimas de la dinámica económica impuesta por los grupos dominantes, ahora no les sirven ni como mano de obra barata, que reemplazan por tecnologías, ni como consumidores por sus niveles de pobreza e indigencia. A ello se suma que las guerras contra los pueblos del Eje del Mal, que lanzaran Estados Unidos y la NATO desde inicios del siglo XXI, han generado millones de muertes; y también millones de refugiados que desde el Este y desde el Sur huyen del hambre y de la devastación buscando refugio, mientras en las fronteras de Europa y Estados Unidos son rechazados como "nuevos bárbaros". Ante este drama gestado por ellos mismos, una vez más en todo el mundo, "los hombres poderosos de extrema derecha esgrimen nacionalismos machistas e identidades supremacistas, como sus armas más letales para distraer y dividir a los pueblos y acaparar sumas inimaginables de una riqueza mal habida".

Contra estas alternativas que van diseñando los sectores dominantes, la Internacional Progresista convoca al compromiso de derribar esas fronteras aberrantes, para "construir desde abajo nuestro movimiento de movimientos, unidos más allá de las barreras raciales, étnicas, sexuales, de identidad de género, religiosas, de capacidad física y de las barreras nacionales". El compromiso es reparar un mundo azotado por el hambre, la guerra, el fascismo y la extinción. Un mundo afrontando una inédita crisis civilizatoria, que pone en cuestión la vida de nuestra especie en el planeta y nos plantea la urgencia de abordar una inmensa tarea de reparación. Porque "los humanos que casualmente estamos vivos en este momento enfrentan una alternativa de hierro: el internacionalismo o la extinción, como se denominara esta primera reunión cumbre".

La reparación requiere afrontar simultáneamente tanto las esferas políticas como las ecológicas, reparar el daño causado al mundo natural y también "las historias erróneas de supremacía y dominio"; las múltiples formas extractivistas y las concepciones que promueven una obsolescencia planificada cada vez más irracional. Exige asimismo superar falsas dicotomías y opciones binarias, en un trabajo tendiente a revertir el cercenamiento en las relaciones entre el corazón y la mente, entre individuos y comunidades, entre los humanos y el mundo de la naturaleza. La sabiduría de los pueblos originarios de nuestro continente, puede enseñarnos que la solidaridad y la cooperación de las comunidades son muy superiores al individualismo egoísta y competitivo; y que la naturaleza no es algo exterior a lo humano, que es preciso conocer para dominarla y explotarla, sino que los seres humanos pertenecen a la naturaleza y deben mantener con ella relaciones armónicas y no depredadoras.

Se requiere además, plantear una dura crítica al concepto de progreso identificado con la "misión divina del Occidente imperial de civilizar diferentes pueblos y culturas considerados inferiores y bárbaros, en una larga historia de siglos empapados de sangre" y de depredación de conocimientos y saberes, que en muchos casos estaban más avanzados que los de la propia Europa. En las culturas

precolombinas, los mayas tenían una concepción del universo en la cual el centro era el Sol y la Tierra un planeta que gira a su alrededor; habían concebido la revolución copernicana 1500 años antes que los sabios europeos. Los incas hacían operaciones de cerebro con trepanación del cráneo para extraer coágulos utilizando anestesia, que recién fue introducida en Occidente en el siglo XIX. Aún hoy, en las Ciencias Naturales, la primera lengua mundial de denominación y clasificación de plantas es el latín, la segunda es el guaraní: saberes milenarios acumulados en ese inmenso laboratorio que es la Amazonía. En contraste con la brutalidad que exhibe la doma de caballos en la tradición occidental dominante, entre los pueblos mapuches se los amansa hablándoles y acariciándolos, desde que nacen hasta que alcanzan la fortaleza para ser montados.

Ante este descomunal desafío, Naomi Klein nos advierte que es preciso tener una relación distinta con el tiempo, en tanto no es posible construir "un mundo completamente nuevo por arte de magia" y revertir "siglos de errores históricos y décadas de vandalismo". Las deudas con los descendientes de esclavos; con los pueblos indígenas; con los niños y jóvenes hambrientos y sin futuro; con las víctimas de injusticias infinitas; con los Condenados de la Tierra; exigen un largo e intenso trabajo conjunto e intergeneracional en la construcción de un mundo distinto. Un trabajo que debe recuperar y potenciar los múltiples movimientos sociales, indígenas, anti-coloniales, feministas, de justicia racial y tantos más, que "llevan largo tiempo pensando de esas otras maneras y descubriendo qué significa reparar, reconectar y participar de una reconstrucción social verdadera". Porque debemos "desarrollar y promover nuestra propia visión sobre cómo vivir mejor de manera urgente"; impulsar una "economía reparada y reinventada que protege a las personas y al mundo natural"; en síntesis "soñar en grande".

La Cumbre Inaugural de la Internacional Progresista nos reúne alrededor de estos objetivos comunes, para participar desde las más distantes latitudes, desde el Norte Global y el Sur Global, en la construcción de un *Green New Deal*. Para transitar el largo camino que tenemos por delante, como una alternativa radical frente a la carrera hacia la extinción que promueven las derechas y ultraderechas de estos tiempos. Es bueno apelar entonces al milenario proverbio chino: "El viaje más largo comienza con un primer paso". Este encuentro internacional es para nosotros ese primer paso.

Los años de reparación[1]

1 Este texto es la traducción en español de la conferencia "The years of repair" de Naomi Klein en la Cumbre Inaugural de la Internacional Progresista 2020 (edición virtual) el 18 de septiembre de 2020.

En todo el mundo, los hombres poderosos de extrema derecha esgrimen nacionalismos machistas e identidades supremacistas como sus armas más letales para distraer y dividir a los pueblos, de modo que las élites se liberen para acaparar sumas inimaginables de una riqueza mal habida.

En este contexto tóxico, tenemos el deber inexcusable de recuperar y revivir las valiosas tradiciones internacionalistas que siempre han formado parte de las tradiciones de la izquierda más radical. Ante la construcción de fronteras más estrictas, somos nosotros quienes debemos comprometernos a derribarlas y construir desde abajo nuestro movimiento de movimientos, unidos más allá de las barreras raciales, étnicas, sexuales, de identidad de género, religiosas, de capacidad física y de las fronteras nacionales.

Pero ¿qué ocurre con la parte progresiva de los internacionalistas progresistas? ¿Qué entendemos por progreso? La respuesta puede ser muy compleja, por lo que debemos definir de la manera más clara y precisa el tipo de progreso que deseamos acoger y el tipo de seudoprogreso intimidatorio aniquilador de la vida que debemos rechazar.

De hecho, muy frecuentemente se ha esgrimido el imperioso progreso como un arma mortal, una ideología supremacista propia. La supuesta misión divina de la Europa imperial de civilizar diferentes culturas consideradas inferiores en una cadena existencial profundamente jerárquica fue un garrote retórico empapado de sangre, el peor en la historia de la humanidad. Este evento no forma parte de la Antigüedad. Incluso hoy, el progreso imperativo es un arma que se utiliza habitualmente contra los agricultores, los pueblos indígenas y todo aquel que obstruya el camino de cualquier proyecto rentable e industrial que desestabilice el planeta, ya sea que implique la tala de árboles en el Amazonas, el *fracking* en el interior de Australia o la instalación de un nuevo oleoducto en los territorios indígenas de Canadá.

Una y otra vez la idea de progreso es invocada como la adopción precipitada de un cambio, desarrollo y progreso para su propio bien. En relación con ello, existen supuestos subyacentes familiares acerca de que nada es valioso a menos que sea transformado, perturbado, expandido. Este imperativo, inseparable del imperioso crecimiento económico, está en el corazón de la crisis climática, entre tantas otras crisis que enfrentamos. Cuestionar esta obsesión por el crecimiento y el progreso desarrollista no es lo mismo que cuestionar la necesidad de un cambio profundo. Todo lo contrario.

Porque muchos de nosotros hoy estamos aislados, separados de nuestros seres queridos debido al COVID-19, respiramos aire espeso cargado con las cenizas de los devastadores incendios forestales, todos enfrentamos un mundo azotado por el hambre, la guerra, el fascismo y la extinción. Decir que necesitamos de un cambio para progresar hacia un lugar mucho mejor que este es un eufemismo absurdo.

Para salir del agujero en el que estamos, tenemos que cambiar prácticamente todo con respecto a nuestros sistemas políticos y económicos.

De lo contrario, debemos aceptar un futuro marcado por una serie interminable de crisis climáticas, sanitarias y económicas simultáneas e interrelacionadas, aprovechadas por los autoritarios para lograr un mayor saqueo.

Para ponerlo en términos de los títulos de mis libros, o cambiamos todo para detener las

perturbaciones climáticas o quedamos atrapados en una doctrina del *shock* que avanza *ad infinitum*, en la que cada *shock* arrasa y devasta un poco más a nuestras sociedades.

Un *Green New Deal* (Nuevo acuerdo verde) global, una visión en el corazón del proyecto internacional progresista, consiste en elegir esa primera opción, la opción de un cambio sistémico profundo. Surge a partir de muchos años de organización y teorización dentro del movimiento internacional por la justicia climática en el sur global, en el sur al sur, en el norte. A lo largo del tiempo, se lo conoció con distintos nombres y consignas: *Transition* (Transición), *System change not climate change* (Cambio de sistema, no cambio climático). Un Plan Marshall para la Tierra, como lo llamó el equipo de negociación climática de Bolivia bajo la presidencia de Evo Morales hace una década. Recibió el nombre de Derechos de la Madre Tierra en una conferencia histórica en Cochabamba. Y hace cinco años se inició en Canadá una plataforma popular llamada el manifiesto Leap (Dar el salto). Más recientemente, la idea de un *Green New Deal* global entusiasmó a una nueva generación de jóvenes activistas y políticos insurgentes, quienes derribaron con éxito muchas barreras entre los movimientos de izquierda y desarrollaron una visión que protege nuestro hogar en común, al mismo tiempo que crea buenos empleos verdes e invierte en comunidades empobrecidas de forma deliberada.

Todos estos proyectos tienen algo en común: el compromiso de dejar de utilizar combustibles fósiles y construir un mundo más democrático e inclusivo. Están arraigados en la necesidad de remediar el daño hecho y que aún se realiza a la Tierra, y conceder reparación a aquellas personas que sufrieron el despojo o la desvalorización drástica de su tierra y su trabajo a lo largo de siglos de saqueo.

Pero en estas discusiones de movilización verde de proporciones bélicas siempre ha habido una tensión, porque ya sea que lo llamemos *New Green Deal* o Plan Marshall para la Tierra, estos son proyectos industriales de gran alcance que exigen mucha velocidad, construcción y actividad económica. Después de todo, tienen el objetivo de cambiarlo todo.

Todo proyecto a esa escala por supuesto impactará en el crecimiento del PBI, que en nuestra sociedad está íntimamente relacionado con el consumo, que está íntimamente relacionado con la contaminación y la destrucción del mundo natural.

Crear empleos verdes que paguen a las familias un salario digno es genial y necesario, pero si todo ese ingreso se gasta dentro de nuestro ciclo de consumo derrochador, seguiremos viviendo la sexta extinción masiva y probablemente no reduzcamos las emisiones de carbono lo suficientemente rápido.

En resumen, si queremos podemos decir que algo es verde, pero en un planeta tan devastado como el nuestro,

si no abordamos el problema fundamental de sobreconsumo que existe dentro del 20% más rico, entonces permaneceremos en crisis.

Por un tiempo, hubo cierta esperanza de que era posible postergar este debate complicado y problemático, que se enfocaría primero en el suministro, en construir esa nueva y brillante infraestructura verde, y trenes ligeros, luego en las redes renovables y viviendas con cero emisiones de carbono, y luego, una vez creados los puestos de trabajo y después de que todos comprendieran los beneficios en la calidad de vida, se enfocaría en la parte más difícil, es decir, en contraer la demanda mediante un consumo mucho menor de energía y de proteína animal, y el racionamiento de los viajes aéreos.

Sí, los temas difíciles. Ahora, eso nunca fue verdad, no tenemos tiempo para ese tipo de secuencia orientada a las relaciones públicas. Tenemos que hacer todo de una vez. Y la buena noticia, si es que hay alguna, es que el COVID cambia estos cálculos drásticamente. Primero porque es mucho más difícil discutir el racionamiento de los viajes en avión cuando los cielos están plagados de aviones con pasajeros, que cuando las aerolíneas están en crisis y suplicando ayudas económicas. Del mismo modo, es más fácil hablar del costo de la moda rápida cuando las personas juran que jamás se cambiarán su cómoda ropa de entre casa, o discutir los beneficios de reducir la huella humana en el mundo natural cuando tantos encontraron consuelo en la vida vegetal y el canto de los pájaros durante estos sombríos meses.

Si alguna vez existió el momento ideal para tener estos debates difíciles sobre el sobreconsumo dentro de nuestros movimientos y en la sociedad en general, sobre los temas que sí importan y los que definitivamente no, seguramente ese momento sea ahora que tantas personas están cuestionando las prioridades desequilibradas de sus vidas pre-COVID.

Fundamentalmente, puede ser incluso más fácil (más fácil, pero no fácil) tener ese debate postergado acerca del crecimiento como medida del progreso. Porque aquí hay un aspecto interesante sobre este nuevo virus: cada vez que nuestro sistema vuelve a algo parecido a la normalidad, a los aviones repletos de pasajeros, a la apertura de las universidades, al hacinamiento de trabajadores en depósitos y de adultos mayores en centros asistenciales privados, a festejar como si fuera 2019, vemos nuevos brotes, más muertes.

Es septiembre y el regreso a la normalidad se está extendiendo mano a mano con la plaga. Habrá clases, fiestas, compras y cada vez que "gana la normalidad", el virus gana. Cuando reaccionamos ante el pedido de retomar el crecimiento, ahí es cuando las personas mueren.

Es así de sencillo.

Por otro lado, la economía de Nueva Zelanda se contrajo un asombroso 12% y eso está íntimamente relacionado con el hecho de que solo tuvo 25 muertes por COVID desde marzo. Para poner la cifra en perspectiva, solo el miércoles hubo 25 muertes por COVID en el estado estadounidense de Ohio. Si existe una conclusión, podría ser la siguiente:

cuando nos apresuramos a vivir como lo hacíamos antes, también se acelera la propagación del virus.

Cuando bajamos la velocidad y reducimos nuestras actividades a las más esenciales, cuando nuestras acciones son deliberadas y extremamos los cuidados, el virus también se ralentiza.

Nuestros líderes políticos, los centristas y los escritores casi todos dicen que estamos en guerra con este virus mortal, posicionándose como líderes churchilianos que luchan contra un enemigo invisible. Sin duda hay mucho por hacer, mucho que movilizar para salvar vidas. ¿Pero qué tal si adoptamos una metáfora diferente que la del enemigo malvado?

Cuando estaba investigando sobre la destrucción que ocasionó el huracán Katrina hace un par de años, varios puertorriqueños que conocí se refirieron a la tormenta devastadora que arrasó sus islas no como a una enemiga, sino como a su maestra. Una maestra dura sin duda, pero una buena que les dio muchas lecciones. Les enseñó que lo importante en la vida no son las cosas materiales, sino los seres queridos. Les enseñó los verdaderos enemigos que enfrentó la isla: la contaminación que provocó que las tormentas fueran mucho más letales, las décadas de austeridad que causaron que la infraestructura energética y sanitaria no soportara esas tormentas.

Para muchos isleños, María fue un curso intensivo sobre los peligros letales que implica depender de alimentos y energía importados. Impartió lecciones sobre los beneficios de la soberanía alimentaria, la agroecología, las microrredes renovables y las redes de comunicación que conectan a los vecinos incluso cuando Internet se cae.

En última instancia, el huracán enseñó lecciones crueles sobre la total indiferencia por la vida por parte de la clase dominante. No fue solo la memorable imagen de Trump arrojando papel higiénico. También el gobernador de Puerto Rico hizo su parte. Luego de que él y su equipo fueran capturados haciendo bromas sobre los cadáveres, el gobernador fue derrocado en un levantamiento popular.

Mi sugerencia es la siguiente: tal vez deberíamos seguir el ejemplo de Puerto Rico y concebir al COVID de manera similar. No como a un enemigo a dominar, sino como a un maestro estricto que imparte lecciones de diagnóstico importantes sobre cómo vivir en tiempos de *shocks* y crisis seriales.

Lecciones como la siguiente: nadie debería estar en un depósito. De hecho, dondequiera que los humanos están hacinados a escalas inhumanas, de formas inhumanas en los depósitos de Amazon, en prisiones, en plantas procesadoras de carne, en campos de detención en nuestras fronteras, en fábricas como en los hogares de ancianos, allí es donde se propaga el virus. Se esparce donde se sacrifican vidas humanas, se las encierra o se las trata como simples extensiones de las máquinas para generar riqueza.

Otra alerta temprana de la COVID: muchas personas a quienes siempre se les dijo que sus trabajos no eran calificados y serían inminentemente reemplazadas son nuestros trabajadores más esenciales y menos reemplazables. Son los empleos que mantienen a la sociedad alimentada, cuidada y limpia, y hay un enorme poder en ese conocimiento. Más lecciones valiosas. Como en Puerto Rico, la comunidad salva vidas, verifica cómo están sus vecinos, hace compras para los más vulnerables.

Otra lección: los seres humanos no deberían estar en cajas, ya sean ventanas de Zoom o viviendas unifamiliares aisladas. Nos hace miserables. Las investigaciones demuestran que nos estamos volviendo más solitarios, estamos más angustiados y deprimidos.

La comunidad es nuestra mejor tecnología. Para superar la crisis, debemos encontrar a nuestro pueblo, nuestros pares, nuestras burbujas, nuestras manadas, nuestras tribus, y cuidarnos entre nosotros.

Otra lección del COVID: los ataques a la naturaleza se vuelven en nuestra contra.

Por ello estamos padeciendo cada vez más de estas enfermedades que saltan de otras especies a la nuestra. Ellas no nos están atacando, nosotros las atacamos a ellas. Para estar saludables, debemos respetar los derechos de todo el mundo, no solo el humano. Su derecho a existir y tener un hogar.

Por otro lado, ¿no les resulta interesante que no bien se levantaron los bloqueos, muchos de nosotros, que tuvimos el privilegio de quedarnos en casa, no nos apresuramos a ir de compras, sino que corrimos a los parques, los senderos y las playas? Una parte de nosotros todavía sabe que la naturaleza es la medicina y que la ciencia lo respalda. La COVID-19 se extiende en el aire interior viciado. Al permanecer al aire libre, reconectados con el mundo natural, nos

mantenemos saludables. Ninguna de estas lecciones es nueva, por supuesto. Los más sabios de nuestra especie han intentado que prestáramos atención a ellas durante un largo tiempo. Pero a veces hace falta una crisis para atraer la atención de las personas, especialmente cuando estamos tan ocupados moviéndonos a la velocidad del capitalismo tardío, un sistema que de forma sistemática ha librado una guerra contra el tejido de nuestras comunidades, el trabajo de cuidado esencial y el mundo natural.

Lo que me lleva a la que podría ser la lección más anhelada e importante de todas: debemos ir más despacio, ralentizarnos para detener la propagación. Este es un virus que nos ataca cada vez que la actividad económica se vuelve a acelerar y que volvemos a esa crisis conocida como "normalidad". Pero ese no es el único argumento para la lentitud, porque muchos de nosotros también descubrimos que cuando el rugido del capitalismo, como suele suceder, se aquieta un poco, cuando la velocidad de una sociedad adicta al crecimiento perpetuo y a la inmediatez por su propio interés se ve obligada a desacelerar, comienzan a suceder cosas interesantes.

Hay más lugar para el cuidado, más tiempo para las relaciones, para observar el estado de nuestros sistemas naturales y de nuestro lugar en ellos.

Hay más capacidad, yo diría, de sentir una gran cantidad de emociones reprimidas, cohibidas y negadas, como dolor, bronca, una pérdida terrible e injusticia. Incluso cuando no lo percibimos, esa injusticia nos impacta de forma directa, algunos llaman a esto empatía, yo prefiero decirle solidaridad. Y sé que es lo que el capitalismo siempre ha intentado exterminar.

Cuando nos movemos a la velocidad del crecimiento continuo, de un supuesto progreso no analizado, y subimos sin cesar esa escalera a ninguna parte, no queda demasiado tiempo para este tipo de sentimientos de solidaridad inapropiados. No hay tiempo para pensar quién fabrica nuestros productos y adónde va nuestra basura, y qué provocan nuestras guerras nacionales e internacionales. No hay tiempo para cuestionar a quién le fue robada la tierra sobre la que estamos parados. Ciertamente no hay tiempo para pensar en los crímenes de la historia que nos trajeron hasta este lugar e intentar hacer las cosas bien. En mi medio siglo de vida jamás vi a la humanidad tan inmersa en un reconocimiento público sostenido y profundo de la supremacía blanca y los fundamentos racistas del capitalismo moderno, lo que Cedric Robinson denominó capitalismo racial, como ahora. Lo que no quiere decir que sea lo suficientemente largo o profundo. No hay una sola respuesta a por qué esta valoración está sucediendo ahora cuando pudo haber sucedido y debería haber ocurrido muchas veces antes, y cuando existen muchos factores que llevaron a este momento.

De todos modos, difícilmente el hecho de que estemos en medio de una pandemia se trate de una coincidencia, una crisis que nos obligó a afrontar tantas de las brutalidades de la normalidad y que nos mostró cómo la raza es el multiplicador de riesgo de una enfermedad de este tipo, como lo es para todas las crisis a gran escala que enfrentamos. Una pandemia que derribó el mito capitalista del individuo como isla fabricada por él mismo y expuso nuestra permeabilidad y nuestras interdependencias. Una pandemia que nos sacó de esa escalera a ninguna parte durante el tiempo suficiente para imaginar,

para mirar hacia el pasado, e incluso quizás para tener ese

encuentro postergado con su historia, con sus crímenes más brutales.

Si el COVID es nuestra maestra, tal vez esta sea su lección más importante. Quizá aprendamos que la lentitud y el progreso profundo, aquel que es duro pero gratificante, están íntimamente relacionados. Uno permite que exista el otro.

Y si eso es verdad, probablemente también sea cierto que no alcanzaremos un *Green New Deal* global y que luego tendremos esas conversaciones difíciles sobre el crecimiento capitalista y el consumo rentable. Por el contrario, si queremos rescatar al planeta para que deje de estar al límite de volverse inhabitable, entonces es muy probable que necesitemos reducir la marcha a una velocidad que permita que la deliberación y la solidaridad se vuelvan una realidad. Lo que me lleva al título de la charla de hoy: Los años de reparación.

El COVID-19, como muchos han observado, ha sido revelador. De hecho, ha sido un período de revelación incesante y despiadada. Lo que ha revelado, descubierto, es un mundo roto. Ya he hablado un poco sobre esa fractura y todos la conocen por experiencia propia, dondequiera que vivan en este planeta roto. Nuestra relación colectiva con la historia, al menos donde yo vivo, está irremediablemente rota. Es una arena movediza de mentiras halagadoras y peligrosas. La forma en que tratamos al prójimo aquí y ahora, y los costos letales de la conveniencia permanecen ligados a esa historia y están absoluta e inenarrablemente rotos.

Décadas de negligencia deliberada y organizada, y la lógica despiadada de la deficiencia capitalista que llegó de la mano de la privatización han destruido una y otra vez la infraestructura de los servicios de cuidado, nuestros hospitales y escuelas públicas, los centros de cuidado a largo plazo y los lugares que se suponen deben cuidar a los más vulnerables.

¿Nuestra ecología de la información? Está rota, demasiado contaminada para difundir información vital que permite salvar vidas. ¿Nuestra clase política? Bueno, no estaríamos aquí si no estuviera rota también.

Como dijo Giannis, el capitalismo evolucionó a algo completamente irreconocible del concepto descripto por sus impulsores y teóricos. Las superganancias del mundo empresarial no tienen nada que ver con cualquier cosa que se produzca en el mundo real hoy. Para la clase multimillonaria, este momento de crisis no es una Gran Depresión, como muchos han afirmado, sino más bien un insaciable y enorme atracón, ya que se alimentan de las entrañas de este Estado fallido y de los pobres y enfermos. Durante la Gran Depresión, banqueros desesperados saltaban de las ventanas. Durante este gran atracón, saltan de alegría.

Todo está demasiado roto.

Además, debemos lidiar con el estado insostenible de nuestro mundo natural: la fractura de las capas de hielo, el incendio de los bosques y el aumento del nivel del mar, cuyas aguas son cada vez más cálidas.

Les hablo desde una parte de Norteamérica que no ha visto el cielo en más de una semana. Está ahogada por el humo y la materia particulada que surge de un área donde alguna vez hubo bosques majestuosos. Los científicos informan que, como consecuencia, al sur de aquí las aves migratorias están cayendo desde el cielo de a decenas de miles, aparentemente agotadas porque no hallan un lugar seguro donde aterrizar.

Por supuesto, nada de esto debería sorprendernos. Durante largo tiempo, muchos de

nosotros hemos sabido cuán rotas estaban las cosas, muchos de nosotros nacimos en un mundo con esa fractura. Pero este no es momento de decir "te lo dije". Es momento de abrir los brazos en señal de bienvenida y ampliar drásticamente nuestras filas. Lo que es más importante, es momento de promover una misión colectiva urgente, de contar nuevos relatos unificadores sobre nuestro propósito común. ¿Qué sentido tiene la economía en 2020 si todo se derrumba a nuestro alrededor? ¿Cuál es nuestro propósito aquí, el de los humanos, que casualmente estamos vivos en este momento, con implicancias tan altas, las del internacionalismo o la extinción, como se denomina esta reunión?

Creo que estamos aquí para reparar. De hecho, propongo que concibamos esta época que estamos viviendo como los años de reparación, que ese mandato dé forma a las prioridades colectivas en materia de asistencia, reconstrucción, trabajo, educación, comunicación e incluso celebración.

La reparación es un marco que une el quebrantamiento simultáneo entre las esferas política y ecológica. Nos desafía a involucrarnos en las tareas de reparación en múltiples frentes interrelacionados. Para reparar la infraestructura destruida, para reparar el daño causado al mundo natural, para reparar las historias erróneas de supremacía y dominio que nos trajeron hasta aquí. Para reparar las muchas formas extractivas que nos enseñaron a tolerar y, como parte de eso, comenzar a reparar nuestras cosas. Lo que algunos denominan el derecho a reparar, en lugar de participar en los ciclos de una obsolescencia planificada cada vez más acelerada.

El trabajo de reparación es muy concreto y cívico, pero también es interno y efímero. Es la práctica de reparar o reconectar el peligroso cercenamiento de las relaciones entre el corazón y la mente, entre individuos y comunidades, y entre los humanos y el mundo más que humano. Es necesario reparar muchas falsas dicotomías y binarismos.

Y sobre todo, mientras trabajamos en la reparación de escuelas, sistemas de tránsito y hospitales destruidos, debemos

pensar en otro tipo de reparación, el trabajo de reparación más importante de todos: reparar los escombros que dejó la supremacía blanca, cristiana y masculina.

Debemos unir este trabajo de reparación con las claras convocatorias de los movimientos liderados por la comunidad negra en las calles para desfinanciar la policía, descarcelar el Estado y poner fin a las guerras interminables, y así trasladar esos recursos a la infraestructura de reparación, cuidado y regeneración. Es parte de un proceso para reparar el daño provocado por la esclavitud, la discriminación legalizada, la tierra colonizada, las sustracciones y mucho más.

Estas fracturas, las deudas con los descendientes de las personas esclavizadas en todo el mundo, las deudas con los pueblos indígenas en todo el mundo, han perdurado sin reparación durante demasiado tiempo, se ha permitido que supuren y se profundicen, exigiendo así ideologías más violentas y supremacistas para justificar o aparentar justificar estas injusticias infinitas.

Esta es una historia postergada durante demasiado tiempo. Sin embargo, cuando dejamos de eludir esta tarea, cuando tenemos la valentía de mirar atrás con honestidad para hacer las paces psíquica y financieramente, es entonces cuando la verdadera liberación colectiva se vuelve posible.

Al no escondernos más de las verdades que conocemos cuando dejamos de mentir, existe una enorme libertad y poder. Nuestros oponentes lo saben, es por ello que ayer Donald Trump declaró la guerra contra el difunto Howard Zinn, gran historiador del pueblo, y firmó un decreto para establecer, cito, "una comisión nacional para promover la educación patriótica". Tal es el miedo que siente ante la posibilidad de que podamos iniciar una reconstrucción sobre una base sólida en lugar de hacerlo mediante la historia del patriotismo barato y el imperialismo glorificado que están fundados sobre arenas movedizas.

El espíritu de reparación puede ser nuestra guía en muchos aspectos importantes, incluida la pregunta apremiante con respecto a cómo deberíamos convivir con este virus altamente contagioso, con sus repentinas oleadas y agobiantes recuentos de cuerpos. Porque, como vemos en el mundo, no podemos hacer todo lo que solíamos hacer, no sin que haya nuevas oleadas, pero tampoco podemos escondernos en casa a esperar una vacuna, ya que el aislamiento es una crisis en sí mismo, la vacuna puede tardar años en llegar y no existen garantías de que llegue en absoluto. Entonces debemos aprender las lecciones del COVID sobre cómo vivir. Dicho de otra manera, ante la insistencia capitalista de que todos volvamos a la sombría normalidad, sin importar la creciente montaña de cuerpos, sin importar los incendios forestales que braman en segundo plano ni los fascistas que marchan en primer plano, sin importar la falta de cualquier tipo de plan creíble para abordar cualquiera de estas crisis, debemos desarrollar y promover nuestra propia visión sobre cómo vivir mejor de manera urgente.

Precisamos maneras de vivir que no pongan en pausa el verdadero progreso hasta que esta supuesta vacuna llegue, pero que nos movilicen constante y hábilmente a un lugar lo suficientemente sólido y reparado donde realmente se pueda alcanzar un *Green New Deal* global. En el contexto del COVID, eso significa que

debemos tomar decisiones difíciles, priorizar lo que realmente importa para la supervivencia de la vida, exigir a nuestros gobiernos que todos los programas de estímulo y asistencia para la recuperación estén regidos por un imperativo transformacional de reparación.

Esa debe ser la medida de nuestro éxito, no si nuestra economía está creciendo o no, pero si realmente estamos sanando, reparando, logrando ese territorio firme.

Un espíritu de reparación también exige que tengamos una relación distinta con el tiempo. No pretende que obtengamos un mundo completamente nuevo por arte de magia, que deshagamos siglos de errores históricos y décadas de vandalismo deliberado contra la esfera pública en un instante. Ni que podamos detener los estragos de la perturbación del clima de la noche a la mañana. La realidad es que se ha hecho demasiado daño. Sin duda, el COVID nos permitió verlo. Ha habido tantas rondas de terapia de choque económico que cuando hubo un *shock* real no pudimos soportarlo.

El trabajo de reparación requiere tiempo. Nos advierte que antes de correr rápido hacia adelante con nuestras brillantes cosas verdes, debemos parar, mirar hacia atrás y limpiar nuestro desorden. Se trata de un trabajo intergeneracional, por eso el capitalismo tiene tantos problemas con el concepto en sí, por eso siempre nos dirige hacia la ilusión de que cada día es un

nuevo comienzo, un reinicio, una pizarra en blanco, pero existen otras maneras. Afortunadamente, los movimientos feministas, anticoloniales y de justicia racial llevan largo tiempo pensando en esas otras maneras y descubriendo qué significa reparar, reconectar, reparación y reconstrucción social verdadera.

Debemos desarrollar modelos que aborden múltiples necesidades de reparación en simultáneo. Pensemos en lo que podría significar en este momento. Hoy los padres, especialmente en las áreas más pobres, se enfrentan a decisiones desgarradoras entre enviar a sus hijos a escuelas superpobladas y destruidas, con sistemas de ventilación rotos y ventanas que apenas pueden abrirse (lo que Ruth Wilson Gilmore describió como sistemas de negligencia y abandono organizado), o mantener a sus hijos en casa, privarlos de relacionarse con otros niños, interferir con la necesidad que los padres tienen de trabajar. Si cuentan con la suerte de tener un dispositivo digital adicional y una buena conexión a Internet, todos sabemos que sentar a los niños frente a una pantalla durante cinco horas al día es también un peligro. Pero existen alternativas a estas opciones sombrías, o deberían existir.

En lugar de fingir que es posible subsanar décadas de austeridad en unas pocas semanas de vacaciones de verano, deberíamos cerrar esas escuelas durante un año entero y usar ese tiempo para repararlas y reimaginarlas como ejes de un *Green New Deal*. Mientras tanto, los maestros, con la ayuda de un cuerpo juvenil de asistentes, podría impartir las clases al aire libre durante todo el año, lo que ayudaría a los jóvenes a aprender sobre su ecosistema local y cómo rehabilitarlo. Al aire libre estamos seguros, eso es lo que nos indica la ciencia. Y en los estados coloniales y de colonos, el proceso debe ser dirigido por las primeras naciones locales como parte de un vasto programa de devolución de tierras, si es que realmente va a suceder.

Deberíamos imaginar programas similares que empleen a estudiantes en edad universitaria para plantar miles de millones de árboles y rehabilitar los humedales, para así retener el carbono y proteger a las especies en peligro de extinción al mismo tiempo. Y, una vez más, debería hacerse bajo el liderazgo y la supervisión de los pueblos indígenas. Se debería testear a los participantes una y otra vez, y las zonas de trabajo tendrían que ser burbujas libres de COVID. Si lo hiciéramos bien, podríamos alcanzar múltiples victorias: permanecer al aire libre, recuperar los suelos, reparar la economía, reconectarnos con la naturaleza y entre nosotros, trasladar el dinero que se utiliza en las cárceles, el control estatal y la guerra a esta economía reparada y reinventada que protege a las personas y al mundo natural. Realmente podemos hacer todo esto y más. Y debemos permitirnos soñar en grande.

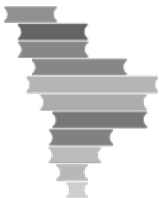
El COVID ya ha marcado el comienzo de algunos cambios que ninguno de nosotros imaginó o predijo un año atrás. Las industrias con un alto consumo de carbono están de rodillas, los cruceros, las aerolíneas, el mundo de la moda, los relatos antiguos colapsaron.

Debemos ser implacables y promover estrategias radicales y significativas espiritualmente para organizarnos y administrar nuestros recursos. Todos nosotros, jóvenes y ancianos, tenemos la tarea de curar.

Porque si no trabajamos para curar a este planeta, entonces ¿qué estamos haciendo aquí? La dura verdad, una de tantas, es que al llevar a cabo esta tarea enfrentaremos muchos más *shocks*, muchas más pérdidas, muchas más extinciones y más tragedias. Y nuestro espíritu de reparación

profunda también puede guiarnos aquí, ya que al estar dispuestos a admitir de modo inquebrantable la ruptura, hay lugar y espacio para el dolor. De hecho, una sociedad guiada por la necesidad de reparación y que se moviliza a la velocidad de la reparación tiene la capacidad de llorar y cuidar a los otros mientras realizamos esta tarea transformadora.

Y finalmente, si entendemos que nuestra misión es reparar, entonces debemos encontrar alegría, diversión y calma en cada etapa. Porque así, especialmente con alegría, lograremos repararnos. Eso es lo que nos mantendrá en marcha durante estos largos y gratificantes años de reparación que tenemos por delante.


LIBRERÍA **LATINOAMERICANA** Y **CARIBEÑA** DE **CIENCIAS SOCIALES**
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a **www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana**